



CAPITULO II.

UN ESQUEMA POLITICO DE MEXICO PARA MOSTRAR LA IMPORTANCIA DE LA REFORMA AGRARIA.

RELACION QUE HAY ENTRE NUESTRO ATRASO SOCIAL Y EL LATIFUNDISMO.

HICIMOS antes algunas consideraciones sobre la situación de México con respecto a las prácticas democráticas de gobierno en el capítulo que sirve de introducción a este trabajo, y señalamos ya la condición lamentable que guarda a ese respecto. Apuntamos también el estado de servidumbre en que quedó la población rural al organizarse el trabajo agrícola por los conquistadores españoles y vamos ahora a tratar de relacionar uno con el otro esos hechos, estableciendo como hipótesis la relación que suponemos existe entre ellos. El epígrafe que tomándolo de Shakespeare pusimos en la introducción de nuestro libro “El Problema Rural de México”: **Mad World Mad Kings! Mad Composition!** establece enérgicamente la relación que hay entre las miserias de los pueblos y su mala organización social. Como punto de partida de nuestra hipótesis, de que el latifundismo y la servidumbre de la población rural son la principal causa de nuestro atraso político, vamos a trazar un esquema del estado que guarda el país a ese respecto.

Ese cuadro esquemático o simplificado nos va a permitir apreciar a la vez, la perniciosa influencia que en nuestra estructura política y social ejerce la viciosa distribución de la tierra por la incapacidad democrática que trae consigo y por su consecuencia inmediata que es la importancia capital y verdaderamente excepcional del papel del Presidente de la República en la máquina gubernamental y administrativa, que llega al extre-

mo de hacer que aquí sean de mucha más trascendencia las cualidades personales del Presidente, que la equidad y la sabiduría de las leyes.

Aunque la palabra **hacienda** no tiene en cuanto a la extensión a que debe darse tal nombre, un significado preciso, se llaman así preferentemente las grandes propiedades que tienen adscrita de una manera permanente una población trabajadora o **peonada**, de alguna consideración; las cuales suelen tener, desde una superficie de muchos miles de leguas cuadradas, con una superficie mayor que la de algunos Estados europeos, hasta sólo cinco o seis mil hectáreas. En las cifras del censo antes citadas, encontramos que sólo 836 propietarios se dieron el título de hacendados, mientras que 136,855 propietarios de predios rústicos medianos prefirieron llamarse a sí mismos simplemente agricultores. De todas maneras resulta que la tierra está en manos de una minoría que, como todos sabemos, forma de hecho, una casta privilegiada, no obstante la igualdad que otorgan las leyes. De la población urbana que era entonces de cinco millones, 2,239,082 eran gente asalariada o sometida a jornal y el resto la componían, el ejército, el clero, los profesantes o profesionistas, los empleados públicos y particulares y los propietarios, comerciantes y rentistas. Finalmente, de la población total solamente sabían leer y escribir menos de un 20 o/o. Partiendo de estos datos, podemos razonar de la manera siguiente:

La parte de la población del país que se interesa en los asuntos políticos y que, más o menos interviene en ellos, no llega seguramente al 20 o/o de la cifra que representa la población total. El grupo que forman los individuos que leen periódicos, saben los nombres de las principales autoridades y contribuyen en escala pequeña a la formación de una opinión pública rudimentaria, difícilmente sumará, según eso, unos dos millones de personas; y de éstas, sólo un diez por ciento quizás, sería capaz de tomar una parte activa en la práctica del gobierno democrático. Ese pequeño grupo está formado por los empleados públicos y privados, el ejército, el clero, los comerciantes, los terratenientes y propietarios y un pequeño grupo de artesanos y obreros industriales de las ciudades importantes.

Como muy bien lo sabe todo el mundo, el país es esencialmente agrícola: (claramente se desprende ese hecho del análisis que, del censo de 1910, hicimos en el capítulo precedente). Sin embargo, una industria rudimentaria se ha creado al abrigo del arancel y con el aliciente de aprovecharse de los bajos jornales que por regla general se pagan en el país, y esa industria naciente se ocupa en producir algunos artefactos de uso general a precio más elevado y de calidad inferior a la de los artículos similares europeos y americanos, gravados con derechos prohibitivos de importación. Esta situación aumenta el costo de la vida a las masas populares; pero tiende a elevar el nivel social de una parte de la población y hasta ahora parece que esa compensación se aceptaba con agrado por gobernantes y gobernados.

Como ya lo indicamos antes, el trabajo agrícola, que representa la verdadera actividad de la Nación, está sujeto al régimen capitalista de explotación de la tierra, originado por la conquista y dominación de las poblaciones indígenas por los españoles, que produjo, de hecho, un régimen social de castas en el que una minoría de criollos descendientes directos de los españoles, conquistadores y civilizadores del país, acaparó los derechos de propiedad sobre la tierra y estableció su dominación sobre las poblaciones indígenas.

Los españoles buscaron siempre en América: o tierras densamente pobladas que explotar, o minas de oro y plata. Atribuido el derecho de propiedad sobre la tierra al español o sus descendientes, las poblaciones indígenas quedaron incorporadas a la propiedad rústica como servidumbre feudal por el sistema de encomiendas, abolido legalmente por los reyes españoles muy poco antes de la proclamación de la independencia, y que ha persistido de hecho como organización económica, no obstante todas las leyes y todas las revoluciones y movimientos políticos provocados por el desequilibrio social que tal situación implica; modificándose, sin embargo, gradualmente a medida que la riqueza pública aumenta y que la población rural obedece a una muy lenta evolución.

Los españoles y sus descendientes criollos o sin mezcla de sangre indígena, por un lado, como amos, y las poblaciones in-

dígenas y mestizadas por el otro, sometidas a la servidumbre, constituyeron desde luego las dos partes principales del régimen económico de nuestra actividad agrícola; y los mestizos urbanos, siempre tendiendo a escaparse de la clase de los sometidos y siempre rechazados de la de los dominadores, formaron pronto la parte más numerosa de las poblaciones urbanas y llenaron en ellas las funciones serviles en la vida doméstica de las ciudades, así como también casi exclusivamente las de las artes y los oficios. Después de la independencia, la política y la milicia les han ofrecido un campo sin límites, mientras que los criollos han conservado en sus manos la propiedad de la tierra, y los extranjeros de raza blanca han tenido siempre la tendencia a incorporarse al grupo de éstos descendientes directos de los dominadores.

No obstante los indudables progresos realizados en esa materia, no se ha cambiado de una manera esencial el régimen, en el tiempo transcurrido, y al iniciarse la actual revolución agrarista, los términos de la cuestión seguían siendo esencialmente los mismos que al sentar este país plaza de república democrática con la estructura económica que someramente acaba de indicarse.

El 80 o/o de la población del país, formado por las masas rurales políticamente inertes, estaba en la época colonial dominado por los terratenientes españoles y criollos y por las comunidades religiosas, como peonaje de las haciendas que los unos y las otras explotaban. Después de la guerra de Reforma muchas nuevas haciendas se constituyeron en las tierras de las comunidades y no obstante los repartos de ejidos, las condiciones del trabajo rural siguieron siendo esencialmente las mismas; es decir, las que corresponden a un régimen capitalista del cultivo de la tierra con la concentración de la propiedad territorial en pocas manos.

La pobreza de la clase rural, originada por los bajos jornales de que disfruta y por la condición servil en que vive, ha venido influyendo profundamente en la de todo el proletariado que trabaja fuera de las ciudades y por eso los mineros y demás trabajadores rurales no agrícolas, siempre han tenido aquí jornales inferiores a los que se disfrutaban en otros países democráticos, aunque siempre mucho mejores que los de los peones.

Una gran parte del proletariado urbano sufre también aquella influencia y sólo recientemente pequeños grupos de operarios organizados para servir como elementos políticos han logrado elevar sus jornales hasta pasar al otro extremo de la desigualdad. Sin embargo puede decirse que, exceptuados los grupos políticos organizados y fuertemente controlados por las autoridades revolucionarias en los últimos años, el proletariado urbano sufre una influencia perjudicial en su situación económica, derivada del estado de servidumbre y bajos jornales en que el proletariado rural se encuentra colocado.

LA BUROCRACIA MEXICANA.

El pequeño remanente de a lo más, 20 o/o de la población (después de descontar a las masas rurales), que podríamos llamar el grupo u órgano político del país, tiene de característico el tener una conexión tan íntima con el Gobierno, que puede decirse que depende de él y vive de él. Ese grupo constituido, como dijimos antes, por los empleados públicos y particulares, el ejército, el clero, los comerciantes y el pequeño número de personas que acaparan la tierra y los grandes negocios, está dominado por los que forman las tres primeras porciones antes mencionadas y dá al país verdaderamente el aspecto de una burocracia. La influencia del Gobierno y de los funcionarios en todas las cosas del país es excepcional y no está estorbada ni contrapesada con ninguna otra. Ninguna de las clases sociales del país puede subsistir sin la amistad y ayuda del Gobierno y ninguno de sus individuos puede enemistarse con él, porque está siempre en condiciones de hacerle mucho daño. Aún los que por su fortuna podrían creerse independientes, están expuestos a resentir en sus intereses la mala voluntad de un miembro influyente de la Administración. Las visitas demasiado rigurosas de los inspectores de ciertos impuestos y la aplicación malévola de los reglamentos de policía; los rigores de los reglamentos sanitarios, etc., son por sí solos capaces de someter las voluntades más tenaces. En la inmensa mayoría de los casos basta a los funciona-

rios ofendidos quitar al rebelde el sueldo de que vive; pues casi todo el mundo vive aquí directa o indirectamente de un sueldo.

El Gobierno es omnipotente. Dispone de la fuerza organizada por el país para su defensa (el ejército); tiene facultad casi ilimitada para decretar impuestos, y como veremos después, no tiene censor que estorbe sus actos. Los apuros momentáneos que acarrea el desorden de las épocas de revuelta pueden subsanarse fácilmente con los actos de autoridad de un Presidente enérgico, que cuenta siempre con la fuerza necesaria para hacerse obedecer. Todo Presidente que sabe conservar en sus manos la fuerza material que representa el Ejército puede en tiempos normales y mientras no surge una verdadera revolución que solviante las masas campesinas, mantenerse en el poder; y se necesita que un gobierno sea verdaderamente intolerable o exageradamente torpe, para que pueda ser derrocado por medios violentos. El Presidente, con los medios de acción y de coerción de que dispone, es pues, aquí, la verdadera fuerza política de la Nación.

IMPOTENCIA DE LA BUROCRACIA EN LOS PAISES DEMOCRATAS.

En las naciones del mundo civilizado en que el régimen del gobierno representativo democrático es un hecho, y en las que la fuerza política reside en el pueblo y en la opinión pública y no en una concentración de fuerza material como la que en estos países atrasados forman el Ejército y su Jefe Supremo, la proporción entre la cifra que represente la población del país y la que corresponde al grupo burocrático o gubernativo es quizá parecida a la nuestra; suponiéndola igual; es decir: del 20 o|o de la población total del país, sucede sin embargo que la población restante (80 o|o) no es una masa inerte, analfabeta y sometida a la condición servil, sino un factor político consciente, compuesto de hombres que son económica y políticamente libres, que leen y forman fácilmente una opinión pública; factor político que sirve de vigilante y censor a la burocracia y le exige de una manera inexorable el cumplimiento de su deber, la obliga a dar estrecha cuenta de sus actos, y tiene bastante autoridad hasta para quitarle su puesto y castigarla severamente: todo ello sólo porque

esa masa ciudadana está compuesta de hombres que son económicamente libres, y no tienen que temer que el Gobierno o un amo demasiado temeroso o demasiado servil les quite los medios de vivir. Aquí esa función democrática tendría que ser desempeñada por las millonadas de peones analfabetas que no son libres algunas veces ni para elegir el nombre que han de poner a sus hijos y por los pequeños grupos de burócratas y de políticos y negociantes que viven y dependen del gobierno. Hay pues que descartar toda posibilidad de acción popular y, cuando de legitimar actos políticos se trata, hay que organizar una comedia democrática en la que los corifeos burócratas y políticos se atribuyen los papeles que el pueblo deja abandonados en la lucha electoral. Durante ese juego todos los que intervienen en él están pendientes de lo que podrá desear el elevado personaje que los mueve y queriendo adivinar, para secundarlo de manera ostensible con todas sus fuerzas, el pensamiento de aquel que todo lo puede, que es el Presidente de la República.

TODA LA FUERZA POLITICA
DE LA NACION RECONCENTRADA
EN EL PRESIDENTE.

La porción burocrática del país forma un grupo compacto de individuos cuya función es administrar los negocios públicos, teniendo como providencia universal y como Jefe indiscutible de quien emana toda autoridad, al Presidente. Esa clase social podrá encontrarse más o menos satisfecha del Gobierno; pero se cuidará siempre de manifestar su desagrado y se cuidará tanto más de ello, cuanto se sienta más débil o más en minoría. Procurará, al contrario, acercarse al Presidente porque la autoridad de que cada funcionario puede disponer es solamente la que el Presidente quiere otorgarle y permitirle que sonserve. El es la clave del edificio político y de él emana la fuerza que cada uno puede ostentar. Fuera del Presidente, los demás funcionarios sólo tienen fuerza política y autoridad **inducida** por la que emana de aquel, y esa fuerza es tanto mayor cuanto más cercano se encuentra del foco el que la posee, y disminuye, tal vez como las fuerzas físicas, en razón inversa del cuadrado de las distancias:

Cuando el Presidente nombra un Ministro, y nombra o deja nombrar un Gobernador de Estado, en el acto se convierte el elegido en un centro de autoridad y fuerza política. Aunque se trate de un hombre desconocido, sin ninguna reputación y hasta de un hombre con mala reputación, desde el momento en que por su posición queda al habla con el Presidente, se convierte en un personaje importante en el que todos los políticos ponen sus miradas y a quien todos ellos procuran hacer entrar como factor en sus futuras combinaciones. Inmediatamente se forman en su derredor agrupaciones que se llaman a sí mismas “partidos políticos” y cuyo fin consiste en elaborar y aprovechar la fuerza política del nuevo centro de energía gubernativa. Recíprocamente cuando el Ministro o Gobernador más cortejado y adulado; aquel a quien diariamente elevan los periódicos hasta los cuernos de la luna contando sus proezas, pierde el favor del Presidente y con él su puesto, aquel sol se hunde inmediatamente en la obscuridad más completa y con él desaparecen hasta no dejar rastro alguno los partidos, corporaciones y grupos políticos que antes se apoyaban en él. Y esto se verifica siempre, cualesquiera que sean las cualidades y defectos de los caídos y de los encumbrados.

Hay que tener presente que el Presidente es siempre un caudillo cuya autoridad tiene muchos antecedentes o un representante de ese caudillo, fuertemente apoyado en el elemento militar, acostumbrado a obedecerlo y a respetarlo.

APARENTE INDIFERENCIA RESPECTO
DE LOS
ANTECEDENTES DE LOS FUNCIONARIOS.

Esa aparente indiferencia de la sociedad respecto de las cualidades y antecedentes de los funcionarios, está muy lejos de significar corrupción ni incapacidad para apreciar los merecimientos y las responsabilidades de los buenos y de los malos ciudadanos y es sólo un corolario de la impotencia en que se encuentra la pequeña clase burocrática para ejercitar una verdadera actividad de vigilancia y de censura política. Fuera de la actividad política, se honra constantemente a los hombres sabios y

virtuosos y, cuando el Presidente coloca a alguno de ellos en algún puesto de responsabilidad o de grande labor intelectual y patriótica, la sociedad lo aplaude y lo agradece; pero semejante cosa sucede muy pocas veces porque las exigencias de la política y el poco conocimiento que en el Gobierno se tiene de las capacidades de las gentes, lo impiden constantemente. El Presidente, que casi siempre es un caudillo militar cuya actividad se ha desarrollado fuera del medio social de la *Metrópoli*, conoce a los hombres sólo a través de las pasiones y de los intereses de los que lo rodean, y esas pasiones forman un filtro poco penetrable.

Cuando un Presidente llega al poder tiene ante sí dos cosas importantes a que atender: mantenerse en su puesto y desarrollar las ideas políticas o administrativas que ha sostenido como causa de su actividad política. En los tiempos agitados, en los que se ha preconizado y está en el ambiente un cuerpo de reformas sociales o políticas como una necesidad imprescindible, se establece entre los políticos una especie de emulación respecto del alcance que cada uno quiere dar a tales reformas. Todos quieren ser radicales extremistas y el Presidente tiene que ser el órgano moderador de esos entusiasmos irresponsables, al sentir sobre sus hombros el peso enorme de la responsabilidad que en realidad casi reporta él solo. La aparente complicación de tal situación se esfuma en la realidad ante la inmensa autoridad del Presidente. Lo que sí requiere una labor de todos los días y de todas las horas, es la serie de actos, medidas y disposiciones de todo género que deben hacer que el Gobierno sea fuerte y estable y que la excitación política no surja ni se propague de una manera inconveniente. Para ello necesita el Jefe del Poder Ejecutivo ser siempre el Jefe indiscutible del Ejército y procurar por cuantos medios tiene a su alcance o mantener unida a la población burocrática. Cualquiera división en ésta se traduce en agitación política, que puede, si es muy intensa, llegar hasta la masa rural inerte, la cual al reaccionar, todo lo destruye: Gobierno, ejército, recursos existentes, medios de subsistencia, etc., hasta que, de la masa revolucionaria surge otro ejército y otro gobierno que encabeza de nuevo a la burocracia para que siga desempeñando sus funciones. Como se ve, el poder que en estas condi-

ciones se pone en manos del Presidente de la República, es ilimitado y tiene todos los caracteres de una dictadura. Verdaderamente no tiene otra cosa que lo limite que las preocupaciones, los ideales o los temores del mismo Presidente; pues, aunque abundan las leyes que limitan ese poder, de hecho está sobre esas leyes, puesto que tiene todo lo necesario para burlarlas y no tiene un censor bastante fuerte para imponerle respeto, mientras no se levanta el terrible nivelador inconsciente que todo lo puede destruir y que, incapaz de otra cosa, no deja nunca destruir al Gobierno juntamente con sus opositores y enemigos. De tal situación nace nuestro régimen político de anarquía y de dictadura alternativas y de luchas armadas para alcanzar la Presidencia. Nuestros gobiernos acaban siempre derrocados por una revolución popular o por una revuelta militar y la transmisión pacífica del poder sólo podemos verla entre miembros de un mismo sistema político, que a su vez se ha encumbrado por la fuerza de las armas. Querer quitarle el poder a uno de esos gobiernos por medio de la elección popular y con la ley en la mano, resulta candoroso. Eso sólo puede aceptarse para legalizar la transmisión del mando a un camarada. Demasiado sabemos todos que sin pueblo ciudadano, no puede haber elección popular y por eso, después de las elecciones todos afirman con la misma confianza que triunfaron y ninguno tiene temor de ser castigado por ese pueblo hipotético y convencional. De allí proviene también que, si después de todo ello no es el que sea militarmente más fuerte, quien queda en el poder, haya que recurrir a la fuerza para poner las cosas en su verdadero lugar.

LA FALTA DE ACCION DEMOCRATICA PROVIENE
DE LA INACCION CIVICA DE LAS POBLACIONES
Y ESTA A SU VEZ ESTA MOTIVADA POR LA
CARENCIA DE BIENESTAR DE LAS MASAS
POPULARES.

La causa profunda de todo ello es la falta del concurso de la población independiente del Gobierno en la acción democrática y la falta de ese concurso proviene del estado mental que, en la población rural del país, produce el estado de servidumbre en que

vive. Mientras el ciudadano, que es la materia prima de la democracia, no exista, de nada servirán los esfuerzos de los gobernantes mejor intencionados. (*)

Se llega pues, por cualquier camino que se siga en esta investigación, a ésto, que puede considerarse como un axioma político: **es la inactividad cívica de las poblaciones, lo que ocasiona los fracasos de la libertad democrática.** Cuando en un país la población que es consciente de sus derechos y que además es celosa y está en aptitud de reclamarlos, no constituye una mayoría, la democracia que establezcan las leyes, tiene que ser una ficción, en el mismo grado en que se manifieste esa falta de actividad cívica. A causa de ello el Poder Ejecutivo asume las facultades y la acción política que deja de ejercitar el pueblo, y entonces suele suceder que el gobierno se convierte poco a poco en una tiranía que puede llegar al tipo más odioso. En cambio también, los gobernantes se ven muchas veces obligados a impedir el falso uso de la libertad democrática, que en tales condicio-

(*) En un artículo reciente, G. Ferrero clasificaba las democracias europeas en los dos siguientes grupos; (L'Illustration, No. 4,330, correspondiente al 21 de febrero de 1926): los países de régimen representativo integral, como Inglaterra, Francia y Suiza, regidos por el principio democrático, y en los que el Gobierno no puede influir en las elecciones ni dominar en las cámaras; y los países que se gobiernan por el sistema que él llama **demomonarquía**, que es un régimen mixto en el que actúan juntamente como fuerzas políticas el principio dinástico y el principio democrático. En ellos el Jefe del Estado y las cámaras se dividen el poder, sea en una división pública y precisa de poderes como en Alemania, o bien con una preponderancia ilegal del Gobierno sobre las cámaras, como sucede en la gran mayoría de los países de evolución retardada que tienen instituciones democráticas. En estos, el Gobierno Ejecutivo, del que forma parte el Ejército, tiene una gran preponderancia política que ejerce en forma más o menos ostensible, según que la población interviene más o menos en las elecciones y en la política.

Como se ve, en todas partes el grado de efectividad del Gobierno democrático depende de la mayor o menor actividad política del pueblo, en su porción no burocrática. La burocracia tiende siempre y en todas partes a gobernar sin control, y ésto sólo pueden ejercerlo las agrupaciones políticas que se apoyan directamente en una población consciente y económicamente libre, obligadas a seguir las corrientes de la opinión pública, bajo pena de muerte política y social. Si pues, como sucede en los países de régimen representativo integral, esas agrupaciones políticas y sus electores viven fuera de la burocracia y de la milicia y sin ligas con ellas, podrán mantener a éstas bien sujetas.

nes, (es decir, cuando faltan los ciudadanos) tiende a ser suplantada por los peores elementos de la sociedad; porque la libertad, sin el ciudadano digno de ella, se convierte fácilmente en el abuso.

LA INACTIVIDAD POLITICA
DE LOS
PROLETARIOS URBANOS.

Según las cifras del censo que antes analizamos, en 1910, el proletariado urbano comprendía 2.239,082 individuos: de los que, algo más de la mitad eran mujeres, niños y ancianos; quedando el resto dividido casi por mitad entre los obreros industriales, que después han participado en el movimiento sindicalista preconizado y apoyado por el gobierno revolucionario, y los artesanos, criados y obreros libres, que han permanecido ajenos a ese movimiento. La organización del trabajo industrial y urbano nunca ha sido aquí diferente de lo que es en las democracias industriales modernas; de manera que la inactividad política de nuestro proletariado urbano no proviene de ninguna causa esencial y orgánica, sino solamente del sentimiento instintivo de la impotencia en que se encuentra políticamente, a causa de que forma una minoría notoriamente desproporcionada con respecto a la población de la República y a los elementos de fuerza de la burocracia. Antes de la revolución, tal independencia era completa y su influencia, siendo tan pequeña, solía poner en algunos casos un pequeño exponente democrático a las incipientes luchas políticas; pero desde que la parte industrial del proletariado urbano fué organizada por ciertos elementos oficiales, para formar un partido gubernamental con orientación socialista, todo ese grupo cuyos jefes y directores están englobados en la burocracia, ha quedado formando parte de ésta, al igual de los demás componentes de la población urbana.

Nuestra incipiente industria, toda ella formada al amparo del arancel y calculada para llenar de manera deficiente aun las necesidades puramente locales, había padecido muy pocas crisis antes de 1910 y es natural que así sucediera teniendo un campo tan limitado. Desde la organización del socialismo oficial, se desencadenó sobre la industria una serie de conflictos entre

patrones y obreros, provocados para que éstos lograsen mejorar salarios, menos horas de trabajo y mayor estabilidad e influencia en su organización. Políticamente no se ha visto hasta ahora actuar a los obreros más que como elementos gubernamentales y no se puede por lo mismo, juzgar de su eficacia como factores democráticos; no siendo de esperar de ese grupo, acción diferente, porque como antes dijimos, tiene que sentir instintivamente su impotencia para enfrentarse a la burocracia y al ejército. El desequilibrio entre la fuerza política del gobierno y la inactividad cívica del pueblo, tiende pues a aumentar con la presencia del obrerismo oficial como factor político.

SOLO HACIENDO DUEÑOS
DE LA TIERRA A LOS LABRIEGOS
SE LES PUEDE HACER LIBRES.

El remedio de la dolorosa condición social y política que de todo ello resulta, es evidentemente la elevación de nuestras masas populares, hasta la condición del ciudadano libre, y para percibir cómo puede operarse ese fenómeno, basta considerar que la gran masa de nuestra población no burocrática está constituida por los labriegos que no son libres, porque son pobres, porque son, más que pobres, miserables esclavos sin ambición ni esperanza. Procurar su libertad económica es el antecedente necesario de la incorporación del proletariado rural a la masa política del país, y para eso, seguramente que no hay otro medio que proporcionar a esa masa de población la manera de vivir libre con el fruto de su trabajo, cosa que, tratándose de población campesina, no se puede lograr sino haciendo a sus miembros dueños de la tierra.

Esta gran reforma de la que nos hemos ocupado extensamente en trabajos especiales y que ha de transformar política y socialmente a México, es obra lenta y que tiene que ser ejecutada por esos defectuosos Gobiernos que son los únicos que puede haber en el país mientras aquella reforma no esté del todo terminada. Quizá hasta sea esto ventajoso, porque cuando un presidente revolucionario se proponga llevar adelante tal reforma,

podrá disponer de toda la enorme autoridad que para semejante obra habrá de ser necesaria.

LA MISERIA DE LOS LABRIEGOS
ES UN IMPORTANTE FACTOR
DE DESEQUILIBRIO POLITICO.

No debemos dejar de llamar la atención, desde ahora, sobre que semejante condición social en un país que se ha dado una constitución política democrática, es reveladora de un estado de equilibrio esencialmente inestable. La mayoría sojuzgada y gran parte de la población libre, siente su injusticia y tiende constantemente a proclamarla; de tal manera que todos los conflictos y todos los disentimientos tienden a agravarse desde que por cualquier motivo la fuerza del Gobierno disminuye. El hecho de que en un país de catorce millones de habitantes, haya cuando menos, diez millones en una condición social de tal modo miserable y cruel que dentro de ella todo hombre adulto tiene que considerar la vida del rebelde alzado en armas como digna de ser envidiada, siquiera sea porque es libre y brinda placeres y promesas halagueñas a cambio del sólo riesgo de perder una vida miserable, sin atractivo y sin esperanza; explica suficientemente nuestro régimen de tiranías y anarquías alternativas, o sea de dictaduras derrocadas por guerras civiles que dan a su vez nacimiento a nuevas dictaduras. Desde la guerra de Independencia hasta nuestros días, no ha dejado de repetirse ese fenómeno en el que se combinan las necesidades del desarrollo de una nueva nacionalidad, con los defectos de su organización económica y social, para producir trastornos políticos periódicos que, no obstante su ciego impulso, van señalando las etapas de ese desarrollo. Nuestros anales dejan ver claramente la verdad de estas afirmaciones.

BREVE REMINISCENCIA HISTORICA
QUE COMPROBEA NUESTRA HIPOTESIS.

Después de tres siglos de dominación teocrática indiscutible, sufrida con la resignación con que se sufren las calamidades que se atribuyen a Dios, la autoridad que lo representaba sobre la tierra, que en nuestro caso era la del Gobierno Colonial Español,

se debilitó moral y materialmente por los acontecimientos verificados en España hacia el año de 1808. El descontento de los oprimidos comenzó a manifestarse, al mismo tiempo que, los privilegiados, amenazados en sus privilegios por los vientos liberales que comenzaban a soplar en la madre patria, se aprestaron a defenderlos, produciéndose así una serie de pequeñas acciones y reacciones políticas entre los elementos directores de la colonia, a favor de los cuales pudo al fin desencadenarse la rebelión de los secularmente oprimidos, que asolaron los campos y las ciudades durante once años, hasta que una fórmula política, la de la Independencia, apareció para dar satisfacción y esperanza a todos.

La excitación producida en los espíritus cultivados por esa larga crisis, se acomodó en la idea de formar una nacionalidad nueva e independiente, y ganó poco a poco a los que más interesados habían estado en sofocar la rebelión, hasta hacer que fuesen los mismos españoles y su devoto General Iturbide quienes consumasen la independencia en 1821. De este año hasta 1830, se agitan confusamente los políticos, entre deseos mal definidos de formar un imperio o un reino con rey español, o bien una república federal como la de los Estados Unidos del Norte. Al fin, esta última idea es la que prevalece y con eso queda tallado en bruto el bloque de la administración nacional. Faltaba todavía, sin embargo, atacar los más graves defectos de la organización española, de injusticias basadas en simples preocupaciones y en privilegios nacidos del espíritu de dominación. Los fueros, los tribunales especiales, las leyes privativas, las gabelas y el predominio político del clero, principal factor de la dominación española en este suelo, seguían existiendo, y la necesidad de destruirlos excitaba el celo de los miembros de la nueva burocracia. Los interesados en aquellos privilegios se oponían a esa supresión y unos y otros se lanzaban a la lucha armada, contando ambos con el elemento campesino, que seguía listo a pelear por cualquiera causa, porque su suerte no había cambiado en sentido favorable con la Independencia; ya que al tener que deponer las armas tenía que ir a ocupar su triste casilla de peón, para seguir ganando un miserable jornal de doce a dieciocho centavos. Los políticos se

figuraban que aquellas cuestiones, de pura legislación que a ellos sólo interesaban, era el pueblo quien las dirimía, cuando en realidad, éste peleaba en los dos bandos por el gusto de pelear y por la desesperación de su miseria; las más de las veces sin entender la causa de la lucha. Desde entonces entraban ya en juego como los dos factores principales de las guerras civiles, por una parte las divisiones y pugnas entre los miembros de la burocracia, y por la otra el deseo de los peones de salir de su prisión, armados y a caballo, para poder saciar sus apetitos y sobre eso, todavía, tener la posibilidad de ingresar al gremio burocrático y dominador.

Aun cuando el instrumento natural del progreso es, seguramente, la evolución, sucede que ésta requiere indispensablemente la libertad para poder ser. Luego que la libertad desaparece, la evolución se detiene y la sociedad se estanca o retrocede. Entonces es cuando surge la revolución como único medio de progreso y de allí la alternativa actuación de la revolución y de la tiranía en los pueblos, que no son todavía capaces de hacerse obedecer por sus gobernantes.

De 1830 a 1860, pudo la burocracia mexicana dejar establecida en la ley la igualdad de los derechos y la supresión de privilegios. Con el triunfo definitivo de la Constitución de 1857, después de la Guerra de Tres Años y de la invasión francesa, quedó firmemente establecida la idea de que este país tiene que ser una república federal democrática, con lo que la burocracia entró en un paréntesis de su gestación política, acentuado por la prosperidad que en todo el mundo trajo la culminación del industrialismo en grande, producido por la máquina de vapor. La dura mano del General Díaz mantuvo en paz a los políticos y los muchos alicientes que éstos encontraron en aquellas circunstancias, hicieron que hasta los más inquietos juzgasen preferible vivir en paz. La labor de la burocracia se concentró entonces en organizar la administración pública en todos sus diversos ramos, alcanzando en algunos de ellos muy estimables progresos. En otros de esos ramos, como lo veremos después respecto del de las tierras y la colonización, ese trabajo no sólo fué nulo sino contraproducente, seguramente que no por egoísmo, sino en gran par-

te, por ese influjo nefasto que tienen en política las falsas ideas cuando se generalizan hasta ser aceptadas sin discusión. Lo mismo que la pretendida importancia liberal del federalismo nos ha hecho mantener durante un siglo y sin esperanza de remedio cercano, esa peligrosa ficción de la soberanía de los Estados de la República, las ideas entonces dominantes sobre el carácter de verdades científicas intocables que se atribuían a las sugerencias de los economistas clásicos, hicieron que se viera en el sólo aumento de la riqueza pública el remedio universal de todos los males, sin preocuparse de buscar una distribución justa de esa riqueza y sin pensar en la importancia que tendría para el futuro bienestar de la Nación, procurar la independencia económica de su proletariado rural que forma la parte más importante de la población y que es la única parte del proletariado que reclama atención inmediata, ya que se habría conformado con obtener siquiera el grado en que tenía esa independencia el proletariado urbano, antes de 1910.

Mucho hemos insistido en trabajos especiales, describiendo la condición del proletariado rural mexicano y los medios que creemos se pueden emplear para sacarlo de su condición servil, y vamos ahora a completar la visión que tenemos del cuadro político que ofrece nuestro país, estudiando someramente los principales expedientes que los políticos revolucionarios han propuesto como remedio de los males que aquejan al país y los resultados que la Nación ha podido palpar de los remedios que se han aplicado para extirpar esos males. Sucesivamente estudiaremos como factores de nuestro estado social y político, “los remedios políticos de los problemas sociales”, “la solución intelectual y educativa” y la “solución económica”, para hacer ver que ni la legislación política, ni la difusión de la enseñanza, ni el desarrollo de la riqueza pública, pueden, sin el antecedente de la reforma agraria sacarnos de esa condición que hemos tratado de discutir en las precedentes líneas, ya que siendo tan importantes como lo son tales factores de nuestra evolución, requieren sin embargo, para su desenvolvimiento, ese protoplasma inicial de las sociedades libres y fuertes, que es la existencia de una masa ciudadana económicamente libre, para que pueda ser fuerte y

por virtud de cuyo esfuerzo se impulse la marcha progresiva de la patria. En una segunda parte de este libro serán estudiadas las desorientaciones reformistas revolucionarias que tienden a desviar nuestra evolución hacia el radicalismo revolucionario industrial y hacia el comunismo, y finalmente estudiaremos aunque sea suscintamente el problema de la colonización, puesto que en último resultado, nuestro problema social, no es sino el de la colonización de nuestros campos con colonos económicamente libres; exponiendo después, cuáles son, según nuestro modo de ver, los medios prácticos de llegar a la reforma de que se trata, en el menor tiempo posible. (1).

(1) Nuestra primera idea al emprender la publicación de este libro, fué solamente hacer una segunda edición del folleto que con el título de "La Trascendencia Política de la Reforma Agraria" publicamos en 1923 y por eso es que se han reproducido aquí algunos de los primeros capítulos de aquel folleto; pero habiendo resultado la nueva publicación bastante diferente para justificar el cambio de título, resolvimos ponerle el que ahora lleva.
